



Lalander, Rickard O. (2004)
Suicide of the elephants? Venezuelan decentralization between partyarchy and chavismo
Helsinki, Finland: University of Helsinki, 316 p.

En 1989 se produjo uno de los cambios más importantes en la estructura del Estado venezolano desde 1961. Las implicaciones de este cambio no llegaron a ser tan dramáticas ni radicales como las que se han observado desde el arribo al poder del presidente Hugo Chávez en 1999, pero ciertamente puede decirse que la crisis y transformación del sistema de partidos venezolano encuentra un hito en el cambio de las normas para elección de alcaldes y gobernadores. El inicio de la descentralización y el comienzo de la así llamada “Revolución Bolivariana” son dos eventos separados por casi una década, pero tienen en común el haber causado importantes cambios en el sistema de partidos venezolano. Ésta es la realidad analizada por Richard Lalander en su enjundioso y bien fundamentado trabajo acerca de la crisis de la “partidocracia” (*partiarchy*) y el auge del chavismo.

Lalander sostiene en su libro que la descentralización creó fuertes incentivos a la entrada de nuevos actores en el sistema político venezolano y, ciertamente, en 1993 (en las primeras elecciones nacionales llevadas a cabo luego de la descentralización) el sistema cambió su marcada tendencia bipartidista, alcanzando ese año

cifras de fragmentación comparables a las observadas en los sesenta. La descentralización, según Lalander, fue decisiva en el cambio producido en el sistema de partidos y en el patrón de comportamiento electoral predominante en el país.¹ En primer lugar, la reforma del Estado centralista creó una nueva estructura de oportunidades políticas, incentivó la emergencia de nuevos actores políticos y nuevas organizaciones de la sociedad civil a nivel nacional, y mayor participación política a nivel local y estatal.² En segundo lugar, la descentralización también condujo, según Lalander, a un quebrantamiento de la tradicional monolítica disciplina partidista. Mientras en el pasado los gobernadores debían su cargo al Presidente y, en consecuencia, estaban sometidos a un estricto control desde Miraflores, a partir de 1989 la reelección de los mandatarios regionales y nacionales depende, principalmente, de la satisfacción de los votantes. Esto, a su vez, redundó en el fortalecimiento de los liderazgos regionales y locales en el largo plazo. Pero la descentralización no sólo cambió el panorama político a nivel subnacional, según Lalander. A nivel nacional, desde 1989 las elecciones subnacionales (regionales y municipales) han sido un termómetro para evaluar el respaldo a los partidos antes de las elecciones nacionales. Y, según Lalander, prácticamente todos los partidos han lanzado candidatos presidenciales con previas experiencias exitosas como mandatarios regionales y locales. Los gobernadores han devenido en una fuerza capaz de ejercer presión sobre las autoridades centrales del partido, como demuestra el caso de la expulsión del previamente todopoderoso “caudillo” Luis Alfaro Ucero de las filas de AD en 1998, cuando los gobernadores de este partido decidieron respaldar al ex gobernador y ex copeyano Henrique Salas. Más aún, pese y a que Chávez y el “chavismo” han sido mencionados como adversarios de la descentralización, según Lalander, el MVR y el Presidente han reconocido la descentralización como sistema. La descentralización, en suma, debilitó la partiarquía representada por AD y Copei, y permitió el ingreso de nuevos partidos políticos (como LCR, MAS, MVR, Proyecto Venezuela y Primero Justicia) y nuevos actores regionales y locales a la arena estatal.

Si es cierta la tesis de Lalander, entonces ¿por qué AD, durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez y el entusiasta respaldo de Copei, impulsó el proceso de descentralización? En otras palabras, ¿por qué estos elefantes partidocráticos decidieron suicidarse? La respuesta la encuentra Lalander en los incentivos políticos generados por la descentralización —cargos—, en el caso de Copei que

¹ Si esto fuese verdad: a) el número de partidos regionales habría aumentado, b) los candidatos a alcalde y gobernador de partidos distintos a los nacionales tendrían mayor chance de ganar que antes de 1989, c) Chávez tendría que lidiar con fuerzas políticas opositoras y leales con apoyos regionales.

² ¿Aumentó el *turnout* a nivel local? ¿A nivel estatal?

como principal partido en la oposición preveía la posibilidad de incrementar sus cuotas de poder. En el caso de AD, la explicación se encuentra en el conflicto interno entre las fracciones conservadoras y centralistas del Partido y los sectores reformistas liderados por Pérez. El conflicto por el control del Partido llevó a Pérez y a sus seguidores a impulsar la descentralización desde el gobierno como una forma de contrarrestar el poder de las autoridades centrales del partido. Llevados por su propia lógica política, los elefantes terminaron en el cementerio político.

La tesis de Lalander es sugerente y convincente. Es cierto que la descentralización no salvó a los partidos en su etapa de crisis terminal, pero es difícil afirmar que la descentralización acabó con los partidos. De los principales candidatos que emergieron en 1993, 1998 y 2000 de las filas de las gobernaciones y alcaldías, la mayoría fueron postulados por partidos nacionales. Concretamente, AD postuló a Claudio Fermín, ex alcalde de Caracas en 1993, y ese mismo año Copei eligió en primarias abiertas (elección sin precedente alguno en la historia de los partidos venezolanos) a Álvarez Paz, ex gobernador del Zulia. Ambos habían sido antes líderes nacionales de sus partidos, pero ambos fueron también voceros del descontento con las autoridades centrales de los partidos. En 1998, salvo Alfaro Ucero, candidato de AD, los contrincantes de Chávez provenían de la descentralización y habían sido miembros de AD (Claudio Fermín) o de Copei (Salas Römer) o, al menos, contaban con el respaldo de un partido nacional (Irene Saéz, ex alcaldesa de Chacao, fue la candidata de Copei hasta un mes antes de las elecciones presidenciales). Y en 2000 el principal competidor contra Chávez fue el teniente coronel Francisco Arias Cárdenas, quien, como Chávez, había participado en el alzamiento militar del 4 de febrero de 1992, pero fue electo en 1995 Gobernador del Zulia con el respaldo de La Causa R (LCR), pero también de Copei. Arias recibió el respaldo de los dos agonizantes partidos nacionales tradicionalmente más importantes. El único retador de importancia que nunca recibió el respaldo de AD o de Copei y que surgió de la descentralización fue Andrés Velázquez, de la LCR. Pero su liderazgo fue efímero y su partido estuvo plagado de un nivel de fraccionalismo comparable al de AD, pero con niveles mucho más bajos de eficacia política.

Los partidos fueron fulminados por Chávez, quien ciertamente no tuvo vínculo ninguno con la descentralización antes de convertirse en el líder de la llamada “Revolución Bolivariana”. Los orígenes del liderazgo chavista no tienen precedente en la historia democrática de Venezuela. Chávez y los principales fundadores del MVR emergieron de las Fuerzas Armadas, es decir, del seno del Estado centralista y han creado una organización fuertemente centralizada, con un solo comando general en manos del Presidente de la República, quien a su vez preside el partido y lidera las estrategias más importantes del mismo. El liderazgo de Chávez

descansa sobre una estructura relativamente informal de círculos bolivarianos coordinados nacionalmente desde el propio Palacio de Gobierno. El Presidente mismo se reserva las designaciones de los integrantes de las siempre cambiantes “misiones” y “comandos” y la fusión entre el Estado y el partido ha llegado a niveles nunca alcanzados durante el llamado “puntofijismo”. En pocas palabras, fue el chavismo el que acabó con los partidos tradicionales, no la descentralización. Y el chavismo no ha significado la profundización de la descentralización, el debilitamiento de la presidencia ni el surgimiento de nuevas fuerzas políticas desde la provincia. Por el contrario, la Constitución de 1999 ha reforzado el presidencialismo, y el poder municipal y local sigue dependiendo del nacional.

En suma, el libro de Lalander tiene la virtud de puntualizar los efectos de la descentralización sobre el liderazgo partidista en los noventa. Concretamente, da cuenta de cómo la descentralización no salvó a los partidos, como muchos de sus proponentes creían. Pero al enfocarse en la descentralización, pierde a ratos de vista el tremendo efecto demoledor de las instituciones de la partidocracia que ha tenido el liderazgo personal de Chávez desde una presidencia, tan o tal vez mucho más centralista que las administraciones que le precedieron.

Ángel Álvarez

Investigador del Instituto de Estudios Políticos
Universidad Central de Venezuela

Stiglitz, Joseph (2003)
*Los felices 90. La semilla de la
destrucción*
Madrid: Santillana Ediciones
Generales.
(Título original: *The roaring
nineties. A new history of the world's most prosperous decade.*
Traducción: Victoria Gordo del Rey y Moisés Ramírez Trapero;
revisión técnica: Carlos Rodríguez Braun), 352 p.

Cambiar al mundo actual pasa necesariamente por comprenderlo –corolario inevitable de la famosa máxima marxista en su crítica a Feuerbach– a lo que los trabajos del profesor Stiglitz,¹ como el de pocos economistas y académicos contemporáneos, contribuyen significativamente; éste es el caso del trabajo de marras. Stiglitz lo dice tajantemente:

...A lo largo de los años, mis convicciones democráticas se han visto reforzadas, pero también se ha fortalecido mi convicción de que, si quieren que sus democracias funcionen, los ciudadanos tienen la obligación de comprender los retos más cruciales a que se enfrentan nuestras sociedades y el modo en que operan nuestros gobiernos... (p. 21).

En este libro, Stiglitz –premio Nobel de Economía del año 2001– se propone “reinterpretar la historia económica de los años noventa”, era en que las corporaciones financieras impusieron más completamente sus términos al mundo entero,² logrando

¹ Véase, también, su libro anterior, *El malestar en la globalización* (2002), Editorial Taurus. Véase también reseña en *Politeia*, 28, 1^{er} semestre 2002, pp. 210-5.

² “...(E)n los noventa Estados Unidos se puso a sí mismo como modelo para el resto del mundo... Los países que se resistían a emular acriticamente el ejemplo de Estados Unidos y esperar a ver si así su economía experimentaba también un *boom*, incluidos aquellos en cuya opinión Estados Unidos no había dado con el equilibrio correcto, fueron engatusados, importunados y, en el caso de los países en desarrollo dependientes de las ayudas del Fondo Monetario Internacional, forzados sin más a someterse a lo que dio en llamarse el barrido de la historia” (p. 17).

aplicar a los gobiernos la “disciplina” del mercado, forzándoles a desdeñar viejas enseñanzas aprendidas a través de las crisis recurrentes del modo de producción capitalista, en especial, durante gran parte del siglo XX, y a desestimar incluso sabios consejos de prudencia política.

Es un libro sobre política interna de Estados Unidos, pero también sobre la globalización, a no dudar que lo que ocurre al interior de Estados Unidos tiene consecuencias considerables sobre el resto del mundo, lo que proporciona razones para evaluar la manera cómo los países más ricos, en especial Estados Unidos, vienen gerenciando la globalización,³ particularmente, luego de los eventos que caracterizaron los años noventa, que Stiglitz denominó “primera crisis mundial de la era de la globalización”.

Los años noventa se caracterizaron por un incremento notable de la productividad y de la importancia de las innovaciones en nuevas tecnologías, pero estuvieron caracterizados, también, por la ocurrencia de grandes crisis y escándalos empresariales que generaron la impresión de que los directores generales de las empresas más importantes (principalmente, aunque no sólo, de Estados Unidos) estaban enriqueciéndose a expensas de sus accionistas y empleados.

La causa de estos escándalos se encuentra, en opinión de Stiglitz, en factores que tienen que ver con las políticas económicas implantadas durante esos años, particularmente, con fallas de diseño institucional e incentivos generados por las políticas de desregularización y liberalización de los mercados financieros.

...En tanto que científico social, no creo que problemas de semejante magnitud puedan ser meros accidentes ni atribuibles a individuos aberrantes. Busco fallos sistémicos... y los hallo en abundancia... (p. 19).

Las principales fallas observadas por Stiglitz tienen que ver con la omisión del papel equilibrador de los gobiernos en el funcionamiento de la economía. En su opinión, se trata de encontrar el “marco regulador correcto”, un justo medio para readecuar las regulaciones a los cambios que se han producido en la economía no sólo estadounidense, sino mundial. Pone el énfasis en el costo excesivo del tipo de crecimiento económico promovido en Estados Unidos, en particular, durante estos años y, especialmente, en el auge del sector financiero, mercado típicamente ines-

³ Las reglas de la globalización estarían siendo diseñadas para promover intereses específicos por, entre otras, “...instituciones económicas internacionales en las que determinados países e intereses particulares –así como determinadas ideologías– tienen gran influencia...” (*Ibid.*, 357).

table, movido por la obtención de ganancias en el muy corto plazo, lo cual da origen a “burbujas” de crecimiento, suerte de euforia de gasto e inversión de los individuos, protegida por prácticas contables poco transparentes, que da lugar al desperdicio, supera los límites de lo sostenible y genera inestabilidad y crisis económica globales.⁴

El mantenimiento del estilo excesivamente costoso de crecimiento de la economía estadounidense⁵ descansa de una manera creciente, no sólo en el empobrecimiento de un sector importante de la población de este país, sino en la apropiación de un excedente mundial, vía acceso a créditos internacionales o al control de mercados del resto del mundo. Por otra parte, la adopción de políticas económicas equivocadas y regresivas desde el punto de vista de la distribución del ingreso, así como prácticas empresariales cuestionables, han generado una situación altamente inestable, exponiendo a la economía a un mayor riesgo y reduciendo las capacidades de la sociedad para enfrentar las crisis.

Otros factores que caracterizan este “modelo económico” y revelan de manera cada vez más marcada sus imperfecciones, consisten en el aumento del poder e influencia de los medios de comunicación y su creciente monopolio, lo cual amenaza –en opinión de Stiglitz (véase pp. 345 y ss.)– la vigencia misma de la democracia, y el excesivo poder de las grandes corporaciones, el cual se extiende, incluso, al gobierno (“capitalismo de amiguetes”).

Correspondientemente, la terapéutica que nos propone Stiglitz va más allá de lo estrictamente económico; alcanza a proponer con una visión mucho más amplia lo que llama “idealismo democrático”, que se basa “no sólo en el entendimiento de nuestra economía, sino en el de nuestra sociedad” y propone dirigir acciones hacia tres áreas principales, la justicia social: “la visión de la igualdad y de la pobreza”, los valores políticos, especialmente, la democracia y la libertad, y la visión de la relación entre los individuos y la comunidad. Con ello, este libro nos revela a Stiglitz no sólo como un importante analista económico de la actualidad con sólida formación teórica y experiencia en la ejecución de la política económica, sino como un teórico de la democracia en nuestros tiempos, con posiciones críticas ante

⁴ Para dar una idea de los límites de esta burbuja, Stiglitz nos aporta las siguientes cifras “... En Japón, por ejemplo, la paga de los ejecutivos generalmente equivale a 10 veces la del trabajador medio, y en Gran Bretaña, es 25 veces superior. En 2000, los directores generales de las empresas estadounidenses percibían más de 500 veces el salario del empleado medio, en comparación con 85 al principio de la década y 42 veces más dos décadas antes” (p. 164).

⁵ “...Estados Unidos, el país más rico del mundo, es aparentemente incapaz de vivir por sus propios medios, tiene que pedir prestado más de mil millones de dólares al día...” (p. 269).

lo que es la práctica democrática hoy día, especialmente en Estados Unidos y, en particular, ante la manipulación de los medios de comunicación, el poder de las corporaciones y el “capitalismo de amiguetes”.

Rodolfo Magallanes

Profesor e investigador del Instituto de Estudios Políticos
Universidad Central de Venezuela